

buen efecto lo más grandes poetas, uno de ellos Homero, valiéndose de los dioses del paganismo.

Nos parece bastante con lo dicho hasta aquí para dar una idea del objeto, del pensamiento de Abad, siendo fácil conocer que algunas de sus odas, puramente teológicas, se resenten de la aridez propia del asunto, cuando las espigas de la dialéctica se unen con las flores de la poesía; cuando la abstracción metafísica, reemplaza á la personalidad estética: lo mismo se nota aun en poemas teológicos tan citados como *La Religión* y *La Gracia* de Luis Racini. Ahora pasaremos á hacer algunas observaciones sobre la forma de las odas de nuestro Abad.

El lenguaje es puro, correcto y claro; la versificación fluida y armoniosa; el estilo sencillo y elegante. He aquí el juicio de algunos críticos competentes. Juan Lami, teólogo de José II y prefecto de la biblioteca Ricardiana, calificó las poesías de que nos ocupamos de *elegantísimas (elegantisima carmina)*. El Académico Serrano, en el juicio que escribió sobre la obra de Abad, considerando el argumento digno y majestuoso, dice respecto á la forma: «At nescio quomodo fiebat, ut quo magis et attentius legerem, ita carminis suavitas, vis gratia mo magis, ac magis alliceret: donec pavillatim in admirationem divini poematis (nihil affingo veritati) totum raperet. ¿Quid plura? Tam avide totum poema percurri, ut librum é manibus non deposuerim, donec ad finem illius devenirem... Qui totum tam prudenter animo conceperit, tam eleganter explicaverit, tam modesto, eoque qui rem tantum decebat cultu ornaverit, ego quidem vidi neminem. Nihil hic poeta alienum, nihil profanum, nihil ineptum permisceo; et ut qui musas colat severiores, omnia sacra ac pene divina, et eipso scripturarum divino penu, sive é Theologiae sacrario depromit.» Los sabios Lampillas y Hervás llegaron á asentar que el libro del jesuita mexicano «era obra egregia, inmortal y digna del siglo de Augusto.» Ortiz (op. cit.) opina que la obra de Abad es *de estilo sublime*.

Una de las circunstancias que deben tenerse presentes en favor de Abad es la de haber escrito, con tanta propiedad, en idioma extraño, siendo así que es poco común hacerlo de esa manera aun en la propia lengua, porque para ello se requieren conocimientos especiales y disposición

particular. De todos modos, cuando se escribe en el idioma materno hay mucho de natural, de espontáneo, pues expresamos directamente lo que pensamos: vulgarmente se dice, y se dice muy bien, que cada uno piensa en su idioma, supuesto que el lenguaje es una locución interior, una conversación del espíritu consigo mismo. Empero, escribir en idioma extranjero es obra toda de estudio, toda del arte, y Abad no tuvo que vencer menos dificultades por haberlo hecho en la lengua madre de la suya propia, del castellano, en virtud de las diferencias características que en la práctica presentan ambos idiomas, bastando hacer aquí dos indicaciones generales: el latín es un idioma sintético, y el español analítico; el español casi no tiene prosodia mientras que la del latín es muy perfecta. Esta última circunstancia, que parece favorable al poeta, no lo es del todo para el extranjero, el cual tiene que acostumbrarse á una armonía desconocida, tiene que educar su oído mal enseñado.

Otra circunstancia que también existe en favor de Abad es la de que supo libertarse del vicio literario llamado culteranismo ó gongorismo, teniendo sus poesías el carácter de la sencillez clásica: nada de erudición indigesta é impertinente, nada de adornos postizos, nada de abuso en las figuras ó elegancias retóricas. Y no por el nombre *gongorismo* se crea que el vicio á que nos referimos pertenece exclusivamente á literaturas modernas, pues también se encuentra en las antiguas. A Ovidio se le considera ya como el primer grado de decadencia en la poesía latina, por cierto falso brillo, alguna profusión de adornos, y exageración en los privilegios poéticos, según observamos al tratar de Sor Juana. Pedro marca mejor la transición del siglo de oro de la literatura romana á la época de la decadencia.

Debemos, por último, hacer presente que si bien el Padre Abad tomó como guía de sus composiciones la escritura sagrada, no por eso carece de originalidad en el sentido que vamos á explicar. Abad se inspiró en la Biblia; pero fué únicamente en cuanto á los pensamientos, en cuanto á las creencias teológicas. De pensamientos aislados tomados de aquí y de allí, Abad formó una combinación suya y la expresó en forma extraña á la Biblia. Tomando en una mano las poesías de Abad y en otra las Sagradas Escritu-

ras no podrá encontrarse en aquellas una serie de imitaciones sistemáticas de las otras, según lo han hecho varios poetas, ya de los salmos, ya de ciertos cánticos, ya de los profetas, etc. El Dante da ejemplo del sistema del Padre Abad cuando dice en la *Divina Comedia*: «A la mitad del viaje de nuestra vida me encontré en una selva obscura.» *In dimidio dierum neorum vadum ad portas inferi*. (Isaías, c. 28, v. 10.)

No queriendo descender á pormenores de poca importancia, pasaremos á examinar la parte segunda del libro que nos ocupa.

Argumento de la segunda parte de la obra *Heroica de Deo Carmina*.

## XXII

## DIOS ES HOMBRE.

Desde que Dios crió el mundo anunció la venida de Jesucristo.—Oráculos sobre la redención del género humano por medio de Jesucristo.—El ángel Gabriel enviado por Dios á la Virgen María.—Dios hecho hombre en el seno de María.—La casa de Nazareth trasladada por los ángeles.

## XXIII

## DIOS PRÍNCIPE DE PAZ.

Estando en paz el mundo llegó á Betlem la Virgen María y se hospedó en un establo. En el establo de Betlem dió á luz la Virgen María al Salvador.—Profecías referentes á Cristo y María.—Descripción relativa al establo de Betlem.—Vaticinio de la sibila de Cumas sobre el nacimiento de Cristo.

## XXIV

## EL NOMBRE DE JESUS ESTÁ SOBRE TODO NOMBRE.

Jesús quiso con su propio nombre, que significa Salvador, prepararse á la muerte.—Atributos del nombre Jesús.

## XXV

## JESUCRISTO REY DE TODAS LAS GENTES.

Los extraños conocen la verdad y los judíos se obsacan en el error: desconocen al rey que tan ansiosamente espe-

ran.—Los tres reyes del Oriente van á Jerusalem y adoran al niño Jesús.—Turbación y disimulo de Herodes.—Todas las gentes son guiadas por el mismo signo celeste.

## XXVI

## JESUS FUE SIGNO DE CONTRADICCIÓN.

El hijo y la madre voluntariamente se someten á la ley civil.—El anciano Simeón recibe en sus brazos al niño Jesús; su profecía y muerte.—Crueldad de Herodes con los niños.—Huida á Egipto de la sacra familia.—El niño Jesús perdido y hallado en el templo.

## XXVII

## JESUS VIVE SOMETIDO A LOS DEMÁS.

Vida privada de Jesucristo.—Jesucristo nacido en un establo, clavado en una cruz, manifiesta ser Dios por medio de signos evidentes, y sin embargo, su divinidad se oculta viéndose sometido á los otros.—Jesucristo árbitro del universo, rey de reyes, luz del mundo, aparece á los ojos de los demás como un hombre sujeto á otro.—Lo que nos enseña la humildad de Jesús.

## XXVIII

## JESUCRISTO LUZ DEL MUNDO.

Bautismo de Jesús.—Jesucristo se deja tentar por el demonio.—Jesucristo convoca á los apóstoles, y transforma unos pobres pescadores en maestros del mundo.—Jesucristo da vista á los ciegos.—Ilustra con su doctrina las inteligencias.—Con sólo la doctrina cristiana aun los niños saben más que los filósofos griegos.—Principios fundamentales de la doctrina de Jesús.—Transfiguración de Jesucristo.

## XXIX

## MANDAMIENTOS DE JESUCRISTO.

Nadie ha sido más manso ni afable que Jesús.—La mujer adúltera.—Inhospitalidad de los Samaritanos.—Zaqueo, la Samaritana, María Magdalena.—Al espirar Jesucristo ruega por sus enemigos.

## XXX

## JESUCRISTO ES EL BUEN PASTOR.

Solicitud del buen pastor en buscar las ovejas descarria-

das.—Cántico del buen pastor.—Institución de los siete sacramentos bajo la alegoría del buen pastor.

## XXXI

## JESUS TRIUNFANTE.

Jesucristo entra triunfante á Jerusalén.—Milagros de Cristo.

## XXXII

## DIOS OCULTO.

Jesucristo lava los piés á sus discípulos.—Institución de la Eucaristía.—Jesús amonesta á los hombres como si ignorase su ingratitud y perfidia.—Jesucristo nos ama con más ternura que una madre á su hijo.—Instituye el sacramento del orden.

## XXXIII

## TRISTEZA DE JESUS.

Jesucristo en el huerto de Gethsemani.—Causas de la tristeza de Jesús.—Oración de Cristo al Padre, su angustia, suda sangre.

## XXXIV

## JESUCRISTO OPROBIO DE LOS HOMBRES.

Traición de Judas.—Jesucristo se dirige hacia sus enemigos; es aprehendido y llevado ante Caifás; le vendan los ojos y se burlan de él.—Pedro niega á su maestro.—Jesús ante Pilato y Herodes.—Pilato se esfuerza por salvar á Jesús; pero el pueblo pide que dé libertad á Barrabás.—Jesús cruelmente azotado y condenado á muerte.

## XXXV

## JESUCRISTO SEÑOR DE LA MUERTE.

La muerte domina á todos los hombres.—Sólo Jesucristo es señor de la muerte.—El Centurión reconoce á Dios.—Se reparten las vestiduras de Jesucristo.—Jesús primogénito de los muertos.

## XXXVI

## MUERTE DE JESUS.

Lamenta el orbe la muerte de su hacedor.—Triste aspecto de Jesucristo en la cruz.—Dolores de la Virgen María.

—La Virgen recibe en sus brazos el cuerpo de Jesucristo bajado de la cruz.

## XXXVII

## RESURRECCIÓN DE JESUCRISTO.

María Magdalena en el sepulcro de Jesucristo.—Resurrección de Jesucristo; baja á los infiernos.—Jesucristo triunfante.

## XXXVIII

## JESUCRISTO REY DE LA GLORIA.

Jesucristo después de su resurrección se apareció á los suyos.—Ascensión del Señor á los cielos.—Su entrada allí.

## XXXIX

## JESUCRISTO COMO SACERDOTE.

Sagrada misión de Jesús.—Fué al mismo tiempo sacerdote y víctima.—Jesucristo fué la víctima expuesta en la cruz.—El santo sacrificio de la misa.

## XL

## JESUCRISTO COMO ESPOSO.

De qué manera Dios tomó la naturaleza humana y no la de los ángeles.—Admiración de los ángeles.—Ternura del esposo.—Cortejo de la esposa.—América convertida á la fe cristiana.—La iglesia es la arca santa de la alianza.

## XLI

## PODER BAJADO DEL CIELO.

Los apóstoles aguardan al Espíritu Santo.—Descensión del Espíritu Santo.—Resena de los que se encontraban en Jerusalén, de todas las naciones.—Los apóstoles fueron órgano del Espíritu Santo.

## XLII

## LA RELIGIÓN VICTORIOSA.

Misterios y preceptos de la religión cristiana.—Su fundador aseguró que se propagaría por todo el orbe.—Jesucristo en Jerusalén.—Vocación de Pablo.—Los apóstoles propagan la religión cristiana.—Cruel muerte de los apóstoles.—Persecución de los tiranos hasta la paz de Constan-

tino.—Sediciones de los herejes apaciguadas.—La religión cristiana en América.—Turbaciones reprimidas.—Aclamación de Pío VI.

## XLIII

## JESUCRISTO JUEZ.

Fin del mundo.—La trompeta del juicio final convocando á todos los hombres.—Aspecto terrible del juez supremo.—Lugar y otras circunstancias relativas al juicio final.—Suerte feliz de los justos.—Suplicio de los malos.—Conclusión.

La parte primera de la obra *Heroica de Deo Carmina*, según hemos visto anteriormente trata de Dios como espíritu puro; en la segunda parte, según el resumen que acabamos de presentar, se le considera como hombre, esto es, Dios encarnado en la persona de Jesucristo.

El Padre Abad observó en la segunda parte de su libro el mismo sistema que en la primera, respecto á fundarse en textos de la Sagrada Escritura.

Hemos explicado ya que la parte primera de la obra de Abad no es un poema épico, y lo mismo decimos de la segunda, la cual se reduce á una sencilla narración histórica en verso, con algunos adornos poéticos.

La acción del poema épico no es tan limitada como la del drama; pero no debe ser tan extensa como la de las composiciones históricas. El poema épico aspira á excitar la admiración, hasta donde es posible, por medio del arte, y esto no puede conseguirse refiriendo una larga serie de acontecimientos que sucesivamente distraen la atención, sino que es preciso reconcentrar ésta en un solo hecho de grande interés. Así, pues, Aristóteles rehusó el título de poemas épicos á la Teseida y á la Heracleida que refieren toda la vida de Hércules y de Tesco; así Horacio enseña que un poema sobre la guerra de Troya no empiece por el nacimiento de Elena. La acción de la Iliada y de la Odisea dura menos de dos meses, la de la Eneida y de la Jerusalén Libertada cosa de un año. Fijándonos en poemas religiosos de igual argumento á la obra del Padre Abad vemos que la Cristiada del Padre Hojeda tiene una acción sencilla y desembarazada, la cual principia en el momento de la cena de Jesús con sus discípulos y concluye al ser aquél desclava-

do de la cruz y puesto en el sepulcro. Klopstock comienza en Mesiada al llegar Jesucristo al monte de los Olivos, y la concluye cuando Jesús entra triunfante á los cielos, y toma lugar á la diestra de Dios Padre. Ahora bien, la acción referida por el Padre Abad no sólo abarca toda la vida de Jesucristo sino que se remonta al principio del mundo, cuando el Mesías estaba en la mente de Dios Padre, extendiéndose después hasta referir los acontecimientos del juicio final.

Con el objeto de amenizar el poema épico, evitando la monotonía, se admiten en él los llamados episodios, que en manera alguna destruyen la unidad de acción, siempre que el poeta observe las reglas del arte, á saber: que los episodios estén íntimamente enlazados con la acción principal y que sean cortos, verdaderos rasgos de amor tierno, de valor heroico, de sacrificio sublime ó cualesquiera otras situaciones brillantes, análogas al argumento. He aquí algunos ejemplos de episodios tomados de poemas religiosos. En el Paraíso Perdido, el magnífico cuadro de las generaciones futuras; la historia de los terribles combates entre ángeles buenos y malos que Rafael cuenta á los primeros hombres. En la Cristiada, la descripción de la vestidura que el Salvador lleva al Huerto cuando va á orar, donde están pintados los pecados del mundo con los cuales se carga Jesucristo para redimir de ellos al linaje humano; la pintura que el arcángel Gabriel hace á la Virgen María de las delicias y consuelos que tendrá después de su resurrección. En la Mesiada, el arrepentimiento del mal espíritu Abdiel; el amor puro de Cidlia, la hija de Jairo, y Sivida, el huérfano de Naim; el viaje de Gabriel de la tierra al cielo llevando la oración de Jesús, la traslación del alma de Judas al pie de la cruz por Obadon, ángel de la muerte, para hacerle ver el cielo de donde su traición le destierra. Nada de esto encontramos en la obra de Abad: el argumento se presenta sin más interrupción que los incidentes puramente históricos.

En todo poema épico debe haber obstáculos, es decir, acontecimientos que formen el nudo, enredo ó trama, obstáculos que tienen por objeto interesar al lector suspendiendo su ánimo respecto á la previsión del desenlace, presentando como dudoso el éxito de la acción, temiendo que la em-

presa se malogre por las dificultades que se presentan. El fundamento de esos *obstáculos* en el poema épico, es la natural inclinación del hombre á interesarse únicamente por lo que es difícil, por aquello en que encuentra contradicciones. Los obstáculos pueden depender del *estado de guerra*, el cual es el que generalmente se supone en los poemas, con buen éxito poético, por los lances y peripecias á que la guerra da lugar; pero también pueden consistir los obstáculos en diversos incidentes como sucede en la Odisea, donde cada aventura de Ulises es una dificultad para la vuelta del héroe á su patria. En la Eneida se presenta un obstáculo de esta especie cuando Eolo excita una tempestad contra Eneas. En los poemas épico-religiosos, los grandes poetas se han valido de recursos sacados de la religión misma que ejemplificaremos. En la Divina Comedia del Dante la principal colisión se deriva de la caída original de Satán, colisión que continúa en la tierra por el combate perpetuo entre el bien y el mal eternizándose en el otro mundo por medio de la condenación, la expiación y la glorificación; el infierno, el purgatorio, y el cielo. En la Mesíada, la guerra contra el hijo de Dios y su doctrina hace el nudo del poema, y lo mismo en la Cristiada, guerra promovida especialmente por los espíritus infernales, sirviendo de instrumento el pueblo judío, el traidor Judas, los magistrados romanos, etc. En el Paraíso Perdido de Milton la imponente figura de Satanás domina la escena en su lucha con la raza humana. Por lo que respecta á la obra de Abad decimos de los obstáculos, en el punto de vista poético, lo mismo que de los episodios, esto es, que no existen, que no se encuentra más que la narración histórica, y para convencerse de ello bastará leer el resumen que hemos presentado anteriormente.

Nos resta que hablar de lo que en los poemas se llama *maravilloso ó máquina*, la intervención de seres sobrenaturales, sobre el cual punto hay dos opiniones contrarias, tratándose de poemas religiosos: vamos á dar cuenta de esas opiniones con la brevedad posible.

Algunos críticos, á cuya cabeza marcha Boileau, sostienen que el carácter esencial del poema épico es *la ficción*; pero que ésta no debe permitirse en lo tocante á la religión cristiana. He aquí las propias palabras de Boileau.

D'un air plus grand encore la poésie épique,  
Dans le vaste récit d'une longue action,  
Se soutient pour la fable et vit de fiction

De la foi d'un chrétien les mystères terribles  
D'ornements egayés ne sont pas susceptibles:  
L'Evangile à l'esprit n'offre de tous côtés  
Que penitence à faire et tourments mérités.  
Et de nos fictions le mélange coupable  
Même à ses vérités donne l'air de la fable.

Contrariamente á Boileau y los de su escuela piensan otros autores, entre los cuales se halla en primera línea Chateaubriand por ser quien más sistemáticamente ha dado á conocer la estética cristiana, esto es, la religión bajo el aspecto de lo bello. Chateaubriand, en su *Genio del cristianismo*, cree como Boileau que el carácter esencial del poema épico y de toda poesía es la ficción, el bello ideal; pero se extiende á sostener que el bello ideal, en general hablando, y lo maravilloso del poema épico en particular, no sólo tienen cabida en los asuntos cristianos sino con más ventaja que en los mitológicos. Al efecto de comprobar su sistema, Chateaubriand entabla un concienzudo paralelo entre los poemas cristianos y paganos: por ejemplo, Venus en el bosque de Cartago y Rafael en el Edem; el sueño de Eneas y el sueño de Atalla; el infierno de Virgilio y el del Dante. Remitimos á nuestros lectores á la obra de Chateaubriand por no ser posible dar aquí cuenta de ella sin salir de los límites que nos corresponden, recomendando también la lectura de las observaciones que ha hecho Laurentie contra Boileau, respecto á la epopeya cristiana, en el mismo sentido de Chateaubriand (De l'étude des lettres, c. 7). Sobre todo, estúdiense la *Estética* de Hegel, capítulos concernientes al cristianismo en el punto de vista poético. Es interesante observar aquí que Moratin, en una nota de sus *Poesías sueltas*, había recomendado, en España, las bellezas poéticas del cristianismo.

Sea cual fuere nuestra opinión respecto á los sistemas de Boileau y de Chateaubriand, debemos fijarnos en un punto importante, capital para nuestro objeto, y es que los críticos están acordes, en esta regla: «la ficción es esencial al poema épico,» regla que viene de muy atrás, de Horacio, quien celebró á Homero por la habilidad con que supo mez-

clar la verdad y la ficción, advirtiendo lo que ya tenemos indicado, que el objeto del poema épico es sorprender y agrandar refiriendo un hecho grande, extraordinario, el cual sirva de fondo al poema adornándole de un modo conveniente, sin usurpar su oficio á la historia que refiere los sucesos tales como acontecieron. Así, pues, es preciso convenir en que el poeta, cuando quiera formar un poema épico, debe decidirse por uno de dos extremos, ó abstenerse completamente de tratar asuntos religiosos, ó en caso de decidirse por alguno de ellos, admitir las ficciones poéticas análogas á la materia, porque de otro modo no resultará un poema sino simplemente una relación histórica, en verso, como sucedió al Padre Abad. Empero, huyendo nuestro autor de toda ficción, al menos sacó una ventaja á otros escritores, la de no incurrir en el anacronismo literario, verdaderamente ridículo, de enguianar la teología cristiana con la mitología pagana, como sucedió á Sanázaro, quien en su poema *De partu virginis* hace asistir al alumbramiento de la Virgen María todos los Dioses del Olimpo.

Fijándonos, pues, en la parte segunda de la obra *Heroica de Deo Carmina* como en una narración rimada, vamos á juzgarla.

El asunto escogido por Abad no puede aventajarse; en el punto de vista ortodoxo la vida de Jesucristo es el hecho más sublime que presenta la historia de la humanidad; en el punto de vista filosófico es el acontecimiento más interesante y trascendental de la historia moderna.

Considerado Jesucristo, según las creencias religiosas, que aquí no toca discutir, está sobre los personajes más eminentes de la historia, porque todos esos personajes, por eminentes que parezcan, son hombres con fines limitados en espacio y tiempo, mientras que Jesucristo es Dios; el Dios salvador que padeció en la tierra por salvar no á una nación, sino al género humano; el Dios eternamente reparador del crimen; el Dios constante consolador del infortunio que trajo al mundo un bálsamo desconocido, la caridad. Regenerador Jesucristo de la humanidad toda, lo fué no de esclavitud temporal sino de la original á que el mal espíritu redujo al primer hombre y á todos sus descendientes. De esta manera Jesucristo se presenta á la luz de la idea religiosa como el tipo del mártir por excelencia, tipo de que

ningún pueblo ni ninguna época han podido ni podrán gloriarse. Por lo demás, véase lo que hemos dicho sobre la estética del cristianismo, capítulo segundo de esta obra.

En el punto de vista puramente humano, nadie niega que los hombres que más influjo han ejercido entre sus semejantes son los fundadores de la religión, porque la religión es la institución más importante de las sociedades humanas, siendo ella la que da norma á la política, á la legislación, á las ciencias, á las artes y á las costumbres. Quinet, en su obra *Géné des Religions* ha dicho muy acertadamente: «Se ha creído, durante largo tiempo, que los dogmas son obras de la política, siendo así que la proposición contraria es la verdadera: el cristianismo existió en Betlem antes de las instituciones modernas, el Evangelio antes del papado, el Korán antes del califato, el sacerdocio del Sinaí antes del trono de Jerusalén, la revelación de Zoroastro antes del desarrollo político de la Persia.» El influjo del cristianismo en las sociedades modernas se demuestra con dos hechos, el número y la calidad de los cristianos: reunidas las tres iglesias, católica, protestante y griega cuentan con mayor número de prosélitos que el budhismo ó cualquiera otra religión por extendida que se halle; y esos millones de hombres que adoran á Jesucristo y siguen sus máximas, forman la parte más adelantada, civilizada, de las naciones del globo.

Lo que es más todavía, precisamente la religión de Jesús ha sido uno de los mayores elementos de civilización y de progreso, como lo confiesan los filósofos, historiadores y críticos verdaderamente imparciales, bastando citar aquí dos nombres nada sospechosos: Comte fundador del positivismo actual, y Renán, el moderno biógrafo de Jesucristo. También Mill, jefe de los positivistas ingleses, ha hecho un magnífico elogio de Jesús y su doctrina en la obra *Ensayos sobre Religión*, parte quinta.

Respecto á la acción referida por Abad se ve, desde luego, que es completa, comprendiendo toda la vida del Salvador; pero en nuestro concepto sobran los cantos 39 á 43, después de la entrada de Jesús á los cielos, pues entonces debe darse por terminada su misión personal directa. El influjo de Cristo en la sucesión de los siglos, ya sería materia de otra ú otras obras en que se refiriesen los sucesos

todos del cristianismo ó sólo alguno de ellos, para dar más interés á la composición reconcentrando el argumento, según lo ha hecho Chateaubriand en los *Los Mártires*. Un solo canto, como el 42 del Padre Abad, para referir la historia del cristianismo, no puede ser más que un diseño muy débil, muy incompleto. El juicio final, materia del canto 43, se podía haber intercalado como un episodio brillante, y conforme á la narración histórica, cuando Jesucristo anunció que vendría al fin de los siglos á juzgar á los vivos y á los muertos.

En cuanto á las descripciones de Abad nos parecen fíeles, aunque algunas demasiado cortas, apenas bosquejos: en otras hay más extensión, animación y movimiento. Nos excusamos de poner aquí ejemplos, porque ya hemos copiado algunos trozos de la obra que nos ocupa, y más adelante trasladaremos un canto entero traducido por Ochoa.

El carácter de Jesucristo ha sido bien expresado, conservándose el tipo evangélico: el Dios hombre nacido en un pesebre, humilde entre los humildes, que pasó su vida sometido á la voluntad de otros; sin buscar riquezas ni honores, pobre y viviendo para los pobres; de carácter manso y apacible su último aliento es el perdón á quien le mata; tolerante como se mostró con la mujer adúltera y con la Magdalena; cándido como los niños á quienes reúne en torno suyo; y fuerte como el hombre más robusto tolerando toda clase de penas hasta la muerte, y una muerte como la de la cruz, llena de angustias y dolores. Todo esto nos parece bien expresado por el Padre Abad.

Respecto á la forma no tenemos que decir otra cosa sino repetir los mismos elogios que hemos hecho de la parte primera, añadiendo aquí únicamente una observación para tranquilizar á los puristas. Habiendo tocado el Padre Abad cuestiones filosóficas y teológicas de la edad moderna, tuvo necesidad de usar algunas palabras que no podrán hallarse en Virgilio ni en Horacio; pero sin faltar por eso á las reglas del buen lenguaje, una de ellas: que deben introducirse neologismos cuando hay ideas nuevas que expresar.

Para completar la idea que hemos querido dar al lector de la obra *Heroica de Deo Carmina* vamos á copiar el canto primero traducido por el Padre Ochoa, traducción que juzgamos buena. No así la hecha de 19 cantos por el Br. Brin-

gas (México, 1783) que consideramos muy defectuosa, especialmente por ser mala la versificación, y el lenguaje prosaico y aun vulgar. Beristain, en su *Biblioteca*, cita otra traducción de la obra de Abad, impresa en Barcelona, la cual traducción no conocemos: fué hecha por el padre Francisco Javier Lozano, jesuita español, domiciliado en México.

#### DIOS ES UNO.

Que hay un eterno artífice supremo  
Que de la obscura nada haya sacado  
La tierra, el mar, el cielo y las estrellas,  
Y que con arte su potente brazo  
Lo ordene y rija todo, claramente  
Lo están las mismas cosas publicando;  
Pues para dirigir con tan constante  
Orden, sin que la edad llegue á alterarlo  
El variado giro de esos seres,  
Supremo entendimiento es necesario.  
Constantemente luminoso día  
Sigue á la opaca noche, ora menguando,  
Y ora creciendo alternativamente.  
Do quiera Dios está: vélo el ingrato  
Que le huye, y el audace que lo ultraja  
También lo vé. Los peces plateados,  
Los mundos animales, si lo ignoras,  
Te lo dirán. Ni al morador lejano  
Del frío Septentrión, que entre las sombras  
Opuesto vive al sol, ni al que ignorado  
Tanto tiempo habitó la zona ardiente,  
Pensada inhabitable; á quien los rayos  
Del sol producen primavera eterna,  
Se ocultó esta verdad, bien que ofuscada  
En medio de la luz vivió en tinieblas.  
No es hombre, es tronco, estúpido, insensato,  
Es dura piedra, impenetrable roca  
El que no adora un numen soberano.  
Los hombres, no sin culpa, de un Dios solo  
Hicieron muchos dioses, adoptando  
Mil delirios y fábulas vulgares  
Según su ciega religión. No tanto  
Es el número de olas que á la orilla  
Suele arrojar el mar alborotado,  
Ni tal la multitud de sus arenas,  
Ni tantas yerbas brotan en los campos,  
Cuantos adoran númenes risibles  
De los dioses y diosas que forjaron.

Ridículas deidades, dignas sólo  
De risa. ¡Oh ceguedad de los humanos!  
El mismo Jove, padre de los dioses  
Que los rayos fulmina desde lo alto,  
Riñas indecorosas y pependencias  
Arma, cual bravo toro que en el llano  
La posesión de la novilla hermosa  
O el Imperio disputa de los prados.  
Ora se torna en águila, ora en cisne,  
Y ora en un toro vil, siempre engañando.  
Juno, su hermana y su consorte á un tiempo,  
Solfeita lo cela y riñe en vano,  
Que es de Jove (permítase decirlo)  
Sutil la liviandad, mucho el descaro,  
Y no pequeña turba de deidades  
Sus muchos adulterios procrearon.  
Tú también, oh Neptuno, en fiero toro  
Te transformaste, ciego idolatrando  
A la hija de Eolo; y á tí oh Febo,  
A pesar de tu lira y nimen sacro,  
Muy más casta que tú, te huyera Dafne.  
Y tú, deidad impúdica de Pafos,  
¿Qué no hiciste también? Y qué no hicieron  
De Maya el hijo, y el beodo Baco?  
Pero dejemos este cieno inmundo,  
Que avergüenza y repugna examinarlo.  
¡Y tales impurezas, tales monstruos  
Reverenciar pudieron los romanos?  
¡Oh delirios estérpidos, capaces  
De chocar á un rapaz de tiernos años!  
A tal extremo llega la locura  
Del hombre ciego, y tarde y con trabajo  
Ve la luz natural que impresa tiene  
Si no le alumbrá Dios.

Si fueran varios

Los dioses, ¿entre sí no reñirían,  
Discordes siempre, y siempre disputando  
Quien más poder tenía? Aquel que todo  
No lo puede, no es Dios. Mas supongamos  
Que iguales fueran: cada cual entonces  
Luchando con iguales adversarios,  
Fuera ora vencedor y ora vencido;  
Y tal alternativa al orbe en tanto  
Su ruina tal ocasionara,  
Cual á Troya infeliz sucedió cuando  
Por Troya estaba Apolo, y contra Troya  
Enfurecido combatió Vulcano.

Todo es mítica farsa, y los que hicieron  
Los dioses á manera de rebaños,  
Hicieron bien ridículas deidades.  
Uno solo ha de ser el soberano,  
Rey y autor de las cosas, por quien todo  
Se rija, y á quien todo lo creado  
En mar y cielo, y tierra reconozca,  
Lo que hizo él sólo, él sólo gobernando.  
Ninguno es Dios, si hay muchos; no se sufre  
Igual ó semejante: los sagrados  
Altares mancha el hombre cuando adora  
Ciego y supersticioso á dioses tantos.  
No de otra suerte suele el marinero  
Ansioso de evitar mortal estrago,  
La proa dirigir inadvertido  
A la encubierta punta del peñasco  
Que afanoso temía, gime entonces  
La abierta quilla, rotos los costados;  
E insultando las olas inundantes  
Del marinero mísero el engaño,  
Se tragan nave y hombres todo junto.  
Espíritu sublime y soberano  
Es Dios, sin cuerpo alguno cual nosotros,  
Que pudiera palpase con las manos  
O verse con los ojos; á la mente  
No es dado comprenderlo, cual no es dado  
Las aguas encerrar inmensurables  
En reducida concha del mar vasto,  
O tocar con las manos las estrellas.  
*El que es*, es su nombre sacrosanto;  
Cuando yaciera todo lo que existe  
Allá en la nada del obscuro caos,  
Ya entonces existía por sí mismo:  
Uno es y eterno; nunca ha comenzado  
A existir, y ante todo ya existía;  
Ni ha tenido principio, ni acabado  
Tendrá tampoco fin. De él solamente  
Cuanto existe ha salido, y con su brazo  
Sostiene el universo: sin él nunca  
Se arranca la hoja, ni se mueve el árbol,  
Ni de nuestra cabeza un solo pelo  
Caerá, si él no lo quiere. Nada extraño  
Ha menester, él solo á sí se basta.  
Es para con nosotros extremado  
Y libre en sus bondades. Nada puede  
En poder excederlo ni igualarlo,  
Y siendo cual es, óptimo, uno es solo,  
Pero ¡infecundo no. Siendo increado,



Engendra al Hijo, igual en todo al Padre;  
E igual también al Hijo y Padre, de ambos  
Procede el Santo Espíritu.

¡Oh misterio!  
¡Oh portentoso é inefable arcano!  
No ser muchos, ser uno, y ser el mismo:  
Es el Padre, es el Hijo, y es el Santo  
Espíritu á la vez, sin que uno solo  
Dejen de ser los tres. No es engendrado  
El Padre; el Hijo lo es eternamente  
Por su divino Padre en el simple acto  
Con que á sí mismo se contempla y mira,  
Y su vivida imagen es por tanto,  
Y su Verbo también; su igual en todo  
Y coeterno con él; y son entrambos  
Omnipotentes, y con ellos esto  
E igual en todo aquel que de ellos almo  
Espíritu procede sin principio  
Cual es principio, y bien que no engendrado  
Ni tampoco Hijo, es Dios: es de uno y otro  
El recíproco amor, mas no creamos  
Que son tres Dioses, tres omnipotentes,  
Ni tres eternos; antes al contrario,  
Es solamente un Dios en tres personas,  
Moderador del universo vasto.....  
¡Mas cómo yo me atrevo estos misterios  
A balbucir con tan impuro labio?  
Los ángeles sin mancha ¡oh Trino y Uno!  
En tu presencia humildes prosternados,  
Sin atreverse á más, al adorarte  
Sólo repiten: Santo, Santo, Santo.

\* \* \*

Como el presente libro no es un tratado de literatura comparada, omitimos dar cuenta de las diversas obras, en verso, que se han escrito sobre Jesucristo, antes y después del Padre Abad; pero sí es propio de nuestro objeto citar los trabajos poéticos, del mismo asunto, género narrativo, escritas en México, de que tenemos noticia.

*Historia Evangelica metricè compacta ex ipsis Evangelistarum verbis* (Matriti, 1651). Beristain atribuye esta historia á D. Luis Mendoza, Dr. y Catedrático de leyes en la Universidad de México.

*Las espigas del hombre Dios, ó su pasión y muerte, en octavas castellanas* (México, 1730), por el Padre Juan Carnero, sabio jesuita mexicano.

*Descenso y humillación de Dios para el ascenso y exaltación del hombre* (México, 1789 y reimpresso después), escrito por el famoso padre José Lucas Anaya, de quien hablamos en el capítulo X. La obra citada es un poema castellano sobre la pasión de Jesucristo, que salió á luz con el nombre de Lic. Jiménez Frías.

*Poema castellano de la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo, en cuarenta y cuatro sonetos* (Guadalajara, 1796), por Fray José Rafael Pesquera. Es curioso recordar que en Francia hubo quien escribiese sobre la pasión de Jesucristo un poema con versos de una sílaba, del cual poema habla La Harpe en su *Curso de Literatura*, censurándole justamente de puerilidad.

La pasión de Nuestro Señor Jesucristo en verso castellano por José Ferrari, manuscrito citado en el *Catálogo de Bermúdez de Castro*.

A las obras citadas debe agregarse el *Poema* de Corchero Carrero, mencionado en el capítulo IV. Este poema, como los demás de que hemos hablado en el presente capítulo, exceptuando el de Abad, pertenecen á la época de la decadencia literaria.

Las mejores poesías narrativas, referentes á la Historia Evangélica, que se han escrito en México, son un poema de Ortega y algunos poemitas de Carpio de que trataremos más adelante.

Respecto á poetas mexicanos vivos, que hayan escrito sobre Jesús, nada decimos porque no entran en el plan de nuestra obra, según lo explicado en el prólogo.